



PRESENTACIÓN DEL LIBRO *SOLARES Y CASAS DE
LA VILLA DE SAN FELIPE EL REAL*,
DE JUAN LUIS ESPEJO T. SERIE NUEVO MUNDO:
CINCO SIGLOS, N° 2. DEPARTAMENTO
DE CIENCIAS HISTÓRICAS, UNIVERSIDAD DE CHILE

Eduardo Cavieres F.

Departamento de Ciencias Históricas
Universidad de Chile

No siempre un libro interesa o vale por lo que es materialmente o por el número de sus páginas. Y en este caso, el libro que presentamos hoy es claro ejemplo de esa situación. Quizás si convendría desde ya llamarlo simplemente un trabajo. Y esto no desmerece en modo alguno ni al autor, ni a la Sociedad de Historia y Arqueología de San Felipe, ni a la Universidad de Chile que aceptó su impresión hace ya varios meses atrás. Por el contrario, la presentación de *este trabajo* de Juan Luis Espejo está llena de significados: aquel que corresponde a la paciencia del profesional quien, con paciencia erudita, comenzó tantos años atrás a urdir y a reconstituir, paso a paso, diríamos, documento por documento, lo que fue la vida urbana de una villa como San Felipe en sus primeros años. Lo hizo a través de algo tan aparentemente árido, poco atractivo, como lo es la evolución de la propiedad, sus ampliaciones, divisiones, subdivisiones, etc. El solar en el que estamos hoy recordando la vida de San Felipe en el pasado, el contiguo y así sucesivamente, para terminar abarcando el total del radio urbano.

Otros significado: San Felipe, San Fernando, Santiago, son las ciudades que más saben de sus orígenes en esta perspectiva y para llegar a esta situación, seguramente que a don Juan Luis Espejo le llevó muchos años recopilar datos dispersos, la ordenación de ellos, buscar los elementos que permitían ubicar una propiedad, descartar alcances de nombres, identificando los de padres e

hijos; observar cómo las familias iban desapareciendo dejando paso a otras generaciones y con ellos las grandes propiedades, los grandes solares, iban también desapareciendo en el tiempo, en fin, muchos años en que debe haber aprendido y memorizado no sólo nombres y ubicaciones, sino, además, terminado por reconocer a cada uno de los primeros moradores y vecinos de esta ciudad.

Todavía, un tercer significado: aquel que relaciona al historiador, a Juan Luis Espejo, con la historia de San Felipe y que le transformara en exponente privilegiado de la cultura y la historia local. Son pocos los hombres y los intelectuales que como Juan Luis Espejo podían, en su mente y en su corazón, conservar con más propiedad las imágenes más importantes y las vidas más cotidianas que han ido conformando en el tiempo esta historia soberbia, en el buen sentido de la palabra, de la villa de ayer, la ciudad de hoy. Es pues, el trabajo que presentamos, una expresión más del afecto que don Juan Luis Espejo sintió por las tierras, los lugares y los hombres del valle del Aconcagua.

Este acto también encierra otro tipo de valoraciones y significaciones. En primer lugar, la existencia y presencia de la *Sociedad de Historia y Arqueología de Aconcagua*, que a través de los años, se ha convertido prácticamente en la depositaria del acervo histórico-cultural regional y que reuniendo a un grupo destacado de vecinos de esta ciudad, de variadas profesiones e intereses, es capaz de mantener, altruista y muy delicadamente el peso que significa hacerse cargo de una tradición y de una historia. Lo hacen con entusiasmo, con cariño, pero, sobre todo, con la responsabilidad que encierra mantener despierto y en buenas manos el legado histórico-cultural de su ciudad. Uno de estos hombres, Benjamín Olivares, era al mismo tiempo depositario de los manuscritos del trabajo de Juan Luis Espejo quien se los donó a título personal, pero que tal como el mismo Benjamín Olivares lo ha dicho y lo ha reconocido en una página de este libro, prefirió finalmente cederlo a la Sociedad. Nuestros propios trabajos sobre San Felipe, visitas al archivo parroquial, indagaciones sobre documentos municipales, etc., no podían soslayar el conocimiento detallado, la precisión de un nombre o de un lugar, que Benjamín mantiene en su mente y que en su ánimo abierto y generoso está siempre dispuesto a compartir y a entregar. Necesariamente de esta relación por un interés común debía surgir una amistad y a propósito de ella, en algún momento, la conversación respecto a buscar la posibilidad de publicar el manuscrito de Juan Luis Espejo. La ocasión se presentó cuando el Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile de Santiago y el esfuerzo de su Director Osvaldo Silva, hicieron fructificar la idea de la publicación de una serie especial destinada a la conmemoración de los 500 años del descubrimiento de América. Y Osvaldo Silva y el Departamento que dirige no sólo acogió con entusiasmo el trabajo sobre los solares y casas de la villa de San Felipe sino que, además, la presentación del libro, su diagramación, el cuidado de detalles de impresión, encontraron en Osvaldo Silva un compromiso y un trabajo que no aparece consignado en parte alguna, pero que es de justicia reconocer en este momento.

Obviamente, hay también otras muchas personas comprometidas en el esfuerzo realizado para la edición de este libro, personas que podríamos representar en Rolando Mellafe, Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile y en el Dr. Segismundo Iturra, Presidente de la Sociedad de Historia y Arqueología de Aconcagua. Para que el esfuerzo realizado por todos ellos, a través de muchos meses, se viese además coronado por un acto de esta envergadura y para hacer honor al recuerdo y a la trascendencia que Juan Luis Espejo, Premio Nacional de Historia, tuviese en el plano intelectual del país, es por supuesto importante también de destacar la presencia de la Ilustre Municipalidad de San Felipe.

Quisiera hacer un par de reflexiones sobre algunas consideraciones que surgen de este libro y que van más allá de los detalles temáticos propiamente tales. Me refiero al papel del historiador y a las formas que tenemos para llegar a la historia.

La figura del historiador está relacionada a esa vieja, pero nunca contestada pregunta de para qué sirve la historia. En verdad la pregunta tiene tantas respuestas como historiadores hayan. Y esto, porque el oficio del historiador, darle vida a los muertos, recrear en su mente y en sus sentimientos las acciones del pasado y comprometerse en el acontecer de lo cotidiano y de lo contemporáneo, tiene a la vez elementos propios de la ciencia, del pensamiento y del arte. En este último caso, se es un buen artista cuando se crea, pero no se desconoce que se puede ser también un gran artista en la recreación. Pero, las recreaciones de algo están en primer lugar dentro del espíritu de quien lo hace y no siempre la exteriorización de ellas tienen la misma fuerza y el mismo significado para quienes las conocen posteriormente. El historiador está constantemente recreando y en su mente y en su imaginación, esas recreaciones son generalmente mucho más completas y más sentidas que cuando se vierten al papel. Digo esto porque recorriendo las páginas del libro se encontrarán valiosas informaciones, interesantes datos e incluso más de alguna identificación con el pasado familiar. Pero el trabajo, en la mente del historiador, permite mucho más que eso: permite evocar, permite revivir, permite participar de la vida de los hombres que comparecen desde el pasado.

Escribí en la presentación del libro y lo quiero señalar acá que pienso que en el recorrido de cincuenta y más años que Juan Luis Espejo fue realizando por esas antiguas calles y solares, debió seguramente enfrentarse al paso de varias generaciones, debió observar el movimiento de las personas, sus traslados de domicilio, quizás el empobrecimiento del padre o las necesidades de los hijos. Agregó que se ha podido instalar nuevamente a los antiguos moradores en sus respectivas casas e incluso, con la imaginación, se les ha reanimado una vez más para hacerlos transitar aquellas polvorientas calles y veredas que algún día, en el pasado, fueron testigos silenciosos de la vida cotidiana del lugar. Diría que estos hombres, muertos para la sociedad, el historiador los ha puesto una vez más en escena.

Y una última palabra sobre la historia y las formas que tenemos para llegar a ella. Progresivamente, y felizmente, han ido quedando atrás las viejas quere-

llas tendientes a privilegiar especialidades o temas históricos y progresivamente la historia se ha ido abriendo cada vez más a nuevas temáticas, nuevas orientaciones, nuevas perspectivas. En cuanto a la historia urbana, es cierto que gran parte de ella la hacen las personalidades y las figuras social, económico o culturalmente más relevantes; es cierto también que los procesos políticos (y en esta ciudad existe una tradición muy importante de ello) son de vital importancia para comprender lo que ha sucedido a través del tiempo al interior de estas historias, pero ¿acaso no es menos cierto que la ciudad y su historia comienza a modelarse a partir de un esfuerzo colectivo de sus primeros moradores, enfrentados a los mismos problemas y quizás con actitudes de solidaridad mayores que las existentes cuando la ciudad ya se ha consolidado y sus propias funciones urbanas tienden a la separación y al distanciamiento de sus habitantes? El trabajo de Juan Luis Espejo, desde su propia perspectiva, ha contribuido al conocimiento de estos orígenes urbanos. Ha rescatado a esos primeros moradores, los ha ubicado en sus respectivos sitios. También se hace historia de esta manera y este es el aporte que entrega hoy en ausencia. Queda abierto el camino para poner nuevamente en movimiento a esos primeros moradores y volver a recrear, cuantas veces sea necesario, el pasado de San Felipe que es también pasado nacional y parte de nuestro propio pasado.